

# EDITORIAL

## El poder de la memoria como fundamento y proyección de toda cultura

Desde una perspectiva de lo cultural, cuando se habla de memoria se está hablando de *memoria colectiva*, aquella construida socialmente a través del tiempo y que constituye la base profunda que nutre a toda cultura. Se trata de la experiencia vivida e incorporada, gozada y sufrida, capital humano —social y cultural— acumulado desde el origen que, a través de la oralidad y el inconsciente colectivo, se transmite de generación en generación y, en cada relevo, como en una posta o vasos comunicantes, se hereda y actualiza en la cultura al tiempo presente, proyectándose al futuro. Así, la memoria capitaliza y moviliza contenidos humanos; articula sentimientos, hábitos, símbolos, significados, experiencias y saberes sociales construidos a través del tiempo. Ella no solo es la base de toda cultura, sino el motor que la mueve y proyecta hacia adelante.

Si bien la *memoria colectiva* es intrínseca al ser humano, en Chile fue necesario vivir situaciones extremas para tomar consciencia de ello. Esto se dio recién a partir de los múltiples atentados en contra de los derechos humanos, sufridos durante la dictadura cívico-militar que encabezó Augusto Pinochet Ugarte, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. Antes, poco o nada se hablaba de memoria, y si bien todavía se asocia a la dictadura, ella es tanto más amplia y profunda, toda vez que se viene construyendo al menos desde la incursión de Diego Almagro, el año 1536. Desde entonces se empezó a concebir la “memoria de Chile”, asociada al país que tenemos hoy en día, a partir de encuentros y desencuentros —incluidas guerras, contradicciones y conflictos no resueltos—, entre el mundo hispánico y el conjunto de pueblos originarios que habitaban estas tierras.

Hay quienes sostienen que “Chile tiene mala memoria”; no obstante, una cosa es tener mala memoria y otra, muy diferente, es fomentar el olvido. También hay quienes reclaman sesgos ideológicos cuando se hace referencia a “ciertas memorias”, lo cual polariza los contextos en pos de la obtención de réditos oportunistas con intereses político-partidistas. Así y todo, la memoria tiene de dulce y agraz, tal cual es la vida humana; considerar una sola perspectiva nos falsea, desequilibra y deshumaniza, por cuanto la memoria es poderosa en tanto contiene la experiencia humana en sus diferentes dimensiones, sin sesgos de ningún tipo.

Se suele decir que la historia está escrita por los ganadores y, por lo tanto, que puede estar sesgada según intereses creados —incluso como un sistema de control a partir de la educación—; la memoria, en cambio, es una construcción colectiva que da cuenta de la realidad humana tal cual es —buena y mala, con todos sus matices intermedios—, que se sustenta y propaga gracias a los poderes secretos de la oralidad, donde todos en forma directa o indirecta, voluntaria o involuntaria, con o sin ética, participamos.

Por ello las dicotomías que se generan no debieran ser causa para fomentar el olvido, sino valiosas oportunidades para nutrir el debate y enriquecer nuestra humanidad. Cuando esto se lleva al plano político, lamentablemente, queda en evidencia el inmediatismo y superficialidad con que los propios políticos asumen su oficio, toda vez que un país sin memoria es, lisa y llanamente, un país que se niega y abandona a sí mismo. Entonces surge el sustituto, la alternativa del autoengaño: la construcción de un país ficticio, liviano, sin espesor.

Se suele argumentar que “un país sin memoria se arriesga a cometer los mismos errores del pasado”, como si allí estuviera el quid del asunto; no obstante, un país sin memoria en realidad se arriesga a mucho más: a mutar hacia un “no país”, en tanto desaparecen

las bases existenciales —estructurales— del ser humano, aquellas que le permiten construirse, re-conocerse y validarse a sí mismo, tanto a nivel individual como colectivo. Sin memoria se niega el origen y destino de los pueblos, su *ethos* y devenir: los fundamentos y sentidos para vivir se difuminan en el olvido.

En la actualidad estas dimensiones humanas parecieran no percibirse ni preocupar, mientras sobrevivimos en una cultura hedonista y exitista, cimentada en el producir y consumir, en pro de satisfacciones, placeres y reconocimientos inmediatos. Hoy todo pareciera resolverse gracias a “la cultura del consumo”, la cual opera muy cercana a una “cultura del olvido”, en tanto que para volver a consumir se hace necesario primero olvidar lo ya consumido. En efecto, el consumismo se hace posible en la medida que se fomenta el olvido y el desecho, donde nada se incorpora, nada existe el tiempo suficiente como para alcanzar ser internalizado.

En tal caso, el sujeto se reduce a un mero objeto de consumo y, como sustituto, lo inmediato se erige como un valor que propicia el “eventismo”, como impacto momentáneo que deriva en desecho, para así volver una vez más al estado cero, con la mente en blanco, listo para volver a consumir. En consecuencia, es “la cultura del consumo”, como habitus, la que literalmente consume a la memoria y a la propia cultura —incluso a la política—, en lo que también se puede entender como una “gestión del olvido”. Así, se va perdiendo la posibilidad real de valorar y capitalizar nuestras experiencias y conocimientos, como tejido sociocultural que nos sostiene y valida como humanos.

Mientras la historia se puede repensar, reinterpretar y reescribir según convenga —por instituciones o personas con nombre y apellido—, la memoria no se puede modificar ni destruir, aunque sí se puede manipular, tergiversar y ocultar durante años o siglos. Un ejemplo reciente es el surgimiento de movimientos feministas, que han irrumpido en las esferas públicas con una enorme fuerza social, respondiendo a injusticias y desequilibrios milenarios, forjados desde al menos 2500 años atrás.

Así, la memoria opera en forma similar al agua subterránea: filtra y se deposita en las profundidades de la tierra, permanece y fluye en forma oculta y silenciosa, pero tarde o temprano aflora a la superficie, de manera sorpresiva, cuando y donde menos se sospecha. En efecto, y a pesar de que la memoria no se ve, siempre está allí, latente, en los poros del inconsciente colectivo. Se aloja en innumerables capas, algunas muy profundas y milenarias —“geológicas”—; otras que se construyen en el día a día, incluyendo nuestros aciertos y errores, cualidades y defectos, tal cual somos. La memoria, como el “no consumo”, es aquello que permanece, que hace posible el aporte y proyección humana, el capital sociocultural, fuente de autenticidad y verdades colectivas, aunque no seamos capaces o nos cueste reconocerlo así. Por ello, cuando se pretende hacer gestión cultural pertinente, es fundamental considerar la memoria, toda vez que en ella están contenidas las capas más profundas del contexto real en el que se está trabajando.

La memoria es implacable, tiene vida propia, se genera en forma colectiva y fluye anónimamente, y en el momento menos pensado aflora a la superficie y nos sorprende. Tarde o temprano hace justicia y corrige nuestro devenir. Allí radica su verdadero poder, su importancia, impacto y proyección. Sin memoria el ser humano se devasta, quedando sepultado entre sus propias ruinas, sin posibilidad de reconstruirse, liberarse ni trascender. ■